

## BELLO Y LA FILOSOFIA EN VENEZUELA

### 1. UN PROBLEMA

Bello hace sus estudios universitarios en Caracas; en la vieja ciudad colonial bebe en las fuentes de la filosofía aristotélico-tomista y tiene sus primeros contactos con las principales corrientes de la filosofía moderna. Los conocimientos que allí adquiere se acrecentarian en amplitud y profundidad durante sus años londinenses, cuando, aparte de haberse relacionado con algunos maestros de la época, tuvo al alcance de su mano toda la bibliografía científica y filosófica que su curiosidad perenne y sus intereses intelectuales podían exigir.

En Caracas vive desde 1781, fecha de su nacimiento, hasta 1810, cuando parte hacia Inglaterra en razón de la embajada que hemos señalado. Este hecho nos impone la tarea de esclarecer el grado de alcance de los conocimientos filosóficos adquiridos por Bello antes de su viaje a Inglaterra, en vista de los siguientes propósitos:

Primero, determinar si la orientación moderna, empirista y psicologista, del pensamiento de Bello, con respecto a sus orígenes, se explica más por el hecho de su contacto directo con el pensamiento moderno europeo durante su estada en Inglaterra, que por una orientación que ya se había perfilado en los tiempos de su formación universitaria en Caracas.

Segundo, y en consecuencia de lo anterior, si el pensamiento de Bello no es más que un reflejo americano de las ideas europeas, cuyos fundamentos llegó a conocer en aquel centro filosófico que era Londres, o si bien su pensamiento puede ser considerado, en alguna medida, como el resultado necesario del desarrollo de las ideas filosóficas en América Latina desde el escolasticismo colonial hasta el romanticismo de los tiempos de la independencia.

El esclarecimiento de estas dos cuestiones se hace necesario desde el momento en que su resultado podría llevarnos a una de estas dos conclusiones: que la filosofía en América Latina a lo largo de toda su historia no ha sido más que el simple reflejo de lo que se hace en Europa a cada momento, o bien, que el pensamiento filosófico latinoamericano ofrece una cierta continuidad histórica y que, en consecuencia, su desarrollo obedece a una cierta organicidad propia que tiene sus raíces tanto en la realidad misma de América como en las fuentes ideológicas del viejo continente. En este caso podría comprobarse la existencia de una verdadera historia del pensamiento filosófico en América Latina, tan propia como la historia de su literatura. Con ello no tratamos de concluir, desde luego, que el pensamiento hispanoamericano sea original en el sentido de que sea diferente del europeo, ni siquiera en el sentido de que su desarrollo sea autónomo a partir de sus fuentes originales europeas, sino, simplemente, que él no es la simple consecuencia de la imitación de los modelos europeos, por cuanto tiene también sus raíces históricas propias que han determinado la orientación que recibió y que le ha permitido, incluso, una elaboración ya de carácter americano. Habría pues, una cierta organicidad en las ideas filosóficas latinoamericanas sobre la cual se haría sentir la permanente influencia de Europa, siendo Bello un claro ejemplo de ese proceso. Dicho de otro modo, no se trataría ya de considerar a los pensadores latinoamericanos como simples expositores de las ideas europeas en América, sino como verdaderos pensadores en el sentido de que sus obras son el producto de una elaboración personal a partir de las fuentes europeas.

En vista del esclarecimiento de estas cuestiones es necesario, antes, proceder a ubicar el pensamiento latinoamericano tal como se ha manifestado a lo largo de su historia. Esta ubicación debe comprender el desarrollo de nuestras ideas desde sus primeras manifestaciones con lo que Silvio Zavala ha llamado "la filosofía de la conquista" (1), hasta la época de Bello, proceso en el cual podemos distinguir, grosso modo, tres momentos fundamentales:

- a) el escolasticismo colonial;
- b) el racionalismo ilustrado del siglo XVIII y
- c) el romanticismo del período revolucionario.

Y he aquí las cuestiones que debemos establecer:

¿Estos tres momentos en la historia de las ideas en América Latina, corresponden ellos a necesidades ideológicas propias de la

---

(1) Zavala, Silvio: *Filosofía de la Conquista*. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme. México, 1947.

vida americana? Por otra parte, esas necesidades, supuesta su existencia, ¿han determinado ellas el curso del pensamiento latinoamericano manteniéndolo dentro de una unidad histórica e ideológica?

## 2. TEOLOCOS Y REFORMISTAS

A las primeras discusiones sobre la naturaleza del hombre surgidas en América a raíz de la conquista y cuyos principales actores fueron el padre Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda (1), siguieron los largos años de la colonia en que el espíritu filosófico se ve restringido a las formas tradicionales del escolasticismo. Correspondía ello al movimiento de la *contrarreforma* que puso la España de Felipe II "ad majorem dei gloriam", frente y fuera de las corrientes científicas y filosóficas del Renacimiento. Así, en las colonias, la filosofía se ve encauzada por el sendero señalado por el postulado suarista: "nostra Philosophia debere christianam esse ac divine theologiae ministram".

Los franciscanos y dominicos, junto a su misión evangelizadora, se dieron la tarea de mantener las preocupaciones teológicas y metafísicas en los claustros conventuales y universitarios. Resultado de esas preocupaciones teológicas y metafísicas fueron los gruesos volúmenes escritos en latín que, siguiendo las normas de la tradición escolástica, tomaban la forma de tratados, comentarios y disertaciones. Allí se subordinaba el espíritu científico al ideal teológico, lo que correspondía perfectamente al ideal del catolicismo contrarreformista. La experiencia no tenía lugar alguno en el conjunto de sus especulaciones, tratándose de un sistema en el cual la razón humana, como expresión e imagen que es de la razón divina, conoce y reproduce las formas absolutas. "Un método para discutir más que un método para ver, tal es la aspiración de la pedagogía de la época", como dice Mariano Picón Salas (2).

Ahora bien, este intelectualismo escolástico dominante sobre la vida espiritual de las colonias no es puramente circunstancial ni su significación es puramente cultural y religiosa. A la "majorem dei gloriam" es preciso añadir otras connotaciones importantes ligadas a la cuestión social y política.

Estando subordinadas política y económicamente a la autoridad española, la cultura y la vida del espíritu de las colonias debían responder a ese principio de autoridad. En esas condiciones, el terre-

---

(1) cf. Hanke, Lewis: *Colonisation et conscience chrétienne au XVI<sup>e</sup> siècle*. Trad. por Francois Derif. Lib. Plon. París, 1957.

(2) Picón Salas, Mariano: *De la Conquista a la Independencia*. Op. cit. p. 122.

no no era propicio sino para el desarrollo de ideas y doctrinas en las cuales la concepción del mundo y de la vida implican una negación del progreso, en tanto que vida y mundo responden a un orden divino inmutable. Se lograba así mantener el ideal de un mundo inalterado por la temporalidad y las contingencias, en el que todo queda subordinado al principio de autoridad y de la tradición. De allí la ausencia de conciencia histórica en lo que se ha dado en llamar "la siesta colonial", y que sería un instrumento eficaz para la dominación española. Si a ese adormecimiento de las conciencias nosotros añadimos las oraciones diarias, los sermones dominicales y las fiestas patronales, tenemos el cuadro ideal al cual debía responder la pedagogía colonial.

Durante el siglo XVIII, principalmente en el curso de la segunda mitad del siglo, se produce lo que hemos llamado la crisis de la conciencia americana y que anuncia la decadencia del predominio escolástico y el nacimiento del espíritu crítico moderno. Por un argumento bastante simplista y mecanicista se ha insinuado en muchas ocasiones que el cambio que se produce no es más que la consecuencia inmediata y directa del siglo XVIII francés sobre la conciencia americana (1). Es cierto, desde luego, que el racionalismo enciclopédico ha provocado una conmoción profunda sobre el desarrollo de la conciencia histórica y sobre el espíritu crítico en Latinoamérica. Pero ello no es razón para negar que los cambios que ocurren tienen raíces profundas en la vida misma del espíritu americano, sacudido por una realidad histórica que superaba ya el cuadro demasiado estrecho de la mentalidad colonial.

Las causas inmediatas del cambio espiritual no son otras que el enriquecimiento y el predominio social alcanzado por los criollos de aquellos tiempos, y que los llevó a formularse nuevas aspiraciones económicas, políticas e ideológicas. La situación histórica ha ido cambiando lentamente tras el largo letargo colonial, y con ello, un cambio de actitud mental se ha ido incubando. Ya hacia mediados del siglo XVIII comienza a sentirse un cierto malestar social que ya no se satisface con las largas discusiones sobre la divinidad y sobre la unidad del ser, y que los impulsa a buscar una nueva filosofía que ponga en claro las relaciones entre los hombres y la forma legítima de gobernarse. Como hombres, se sienten libres; como seres libres se sienten en el derecho a gobernarse. De allí esa necesidad de una nueva ideología que correspondiera a esa conciencia de sí y a ese derecho. Es por ello que el pensamiento latinoamericano del siglo XVIII, que comenzó como un movimiento de renovación cultural, termina como un movimiento de independencia política.

---

(1) cf. Lanning, John Tate: *Academic culture in the Spanish colonies*. Oxford University Press. New York, 1940.

El cambio de la atmósfera intelectual no es, pues, violento. Hay tras él todo un proceso histórico que lo determina, y que se había ido reflejando tanto en los ejercicios conventuales como en las clases universitarias. Serían los propios religiosos y en el seno mismo de la teología, quienes anunciaran los cambios ideológicos que corresponderían a los nuevos tiempos. Es un teólogo, el cura Hidalgo, quien denuncia la vieja teología en su *Disertación sobre el verdadero método de estudiar teología* (1). Por otra parte, es el llamado humanismo jesuita el puente que nos lleva de la mentalidad colonial al nuevo espíritu que desembocaría en el romanticismo revolucionario (2). Sin alejarse del puro sentimiento religioso, sus obras testimonian ya una actitud bien próxima del reformismo social de la Enciclopedia. Los elementos más importantes a través de los cuales se manifiesta este espíritu reformista son:

a) Contribución al estudio de la geografía y de la naturaleza americana por los padres José Gumilla, Vicente Maldonado y Juan de Velasco, entre otros.

b) Reformismo social y teoría del progreso en las obras al Xavier Clavijero, Andrés Cavo y Pedro José Márquez.

c) La idea de una cultura universal expuesta por Andrés de Guevara, quien, por lo demás, opone al criterio de la autoridad y de la tradición, el de la ciencia moderna en su doble significación de racionalidad y experiencia.

d) La idea del pacto social y del Estado democrático representativo en oposición al absolutismo monarquista desarrollada en la obra de Francisco Javier Alegre (3).

La obra reformista de estos pensadores nos revela que, lejos de ser brusco el cambio que nos lleva del escolasticismo al racionalismo humanista del siglo XVIII, éste no es sino el resultado de un proceso histórico condicionado por el desenvolvimiento de los hechos sociales. Las ideas revolucionarias de la Francia ilustrada encontraron un terreno espiritualmente abonado, y cuya introducción fue favorecida notablemente por la nueva política inaugurada por la España ilustrada de Carlos III.

Con la iniciación del período revolucionario que va a marcar el fin del imperio español en América y el nacimiento de las nuevas nacionalidades, un nuevo cambio ideológico se produce en el espíritu americano. Este cambio se explica porque el humanismo ra-

---

(1) cf. Hernández Lima, Juan: "Las raíces ideológicas de Hidalgo y de nuestra revolución de independencia", en *Filosofía y Letras*. México, 1948. Vol. 15 p. 77 y 55.

(2) cf. Menéndez Plancarte, Gabriel: *Humanistas del siglo XVIII*. Biblioteca del Estudiante Universitario. México, 1941.

(3) cf. Picón Salas, Mariano: Op. cit. p. 147 y ss.

cionalista del siglo XVIII, si bien había tomado conciencia de las nuevas inquietudes del criollo, no había logrado, sin embargo, ofrecer una verdadera ideología que legitimara su situación de grupo social económicamente beligerante y que fundara sus pretendidos derechos políticos. Por ello se opone a este humanismo racionalista, acusado de utópico y abstracto, el romanticismo irracionalista, que aporta un nuevo concepto de libertad (1). De allí nace la popularidad que alcanzan en esta época las obras de Destutt de Tracy, el eclecticismo de Cousin y el utilitarismo británico representado en las obras de James Mill y Jeremías Bentham. Pero si el romanticismo surge como una reacción anti-racionalista, él no hubiera podido desarrollarse sin la preparación ideológica del racionalismo ilustrado; del mismo modo, es ese romanticismo antirracionalista quien prepara el advenimiento del positivismo en América Latina.

### 3. FUENTES DE LA MODERNIDAD EN VENEZUELA

Andrés Bello pertenece, por su obra y su pensamiento, a ese período de transición que nos lleva del racionalismo ilustrado al romanticismo revolucionario. Demasiado apegado al espíritu del primero, él ha sido, sin embargo, uno de los conformadores de la nueva mentalidad latinoamericana. Para su justa ubicación se hace necesario, pues, establecer sus posibles vínculos con la tradición filosófica colonial que nos daría el índice de una orientación filosófica pre-establecida en el interior de la continuidad histórica de las ideas en Latino-América, orientación que lograría su pleno desarrollo a partir de sus vínculos ulteriores con el pensamiento europeo.

La vida intelectual de Caracas, hay que reconocerlo, nunca fue muy favorable al desarrollo de las ideas modernas, dada las condiciones estrechas en que se desenvuelven las actividades del espíritu en su larga existencia colonial. El atraso en el dominio cultural y científico es tal que aun en los días de la independencia es notorio el poder de la ignorancia. Téngase en cuenta que a fines del siglo XVI no había en Caracas más que una escuela primaria, servida por dos maestros; no es sino en 1664 que es creado, bajo la dirección del Obispo de Caracas, un seminario que contaba con cinco cátedras: dos de teología, una de filosofía y dos de gramática. En 1697 se solicita licencia para abrir una Universidad en Caracas, pero no es sino en 1725 cuando ella pudo abrir sus puertas (2), y

---

(1) cf. Zea, Leopoldo: *Dos etapas del pensamiento en Hispano-América. Del Romanticismo al Positivismo*. El Colegio de México. México, 1940.

(2) Las Universidades de México y Lima habían sido fundadas desde 1553.

cuyo rectorado siguió unido al del seminario hasta 1775. Los cursos que en ella se dictaban eran: teología, derecho canónico, filosofía moral y gramática (1). A fines del siglo XVIII el espíritu de reforma alcanza la Universidad, pero, como señaláramos anteriormente, sus consecuencias no fueron muy profundas. De la situación de la enseñanza y del espíritu que en ella predominaba nos queda el testimonio de Miguel José Saénz, quien había sido comisionado por el gobierno de la colonia para formular las leyes municipales. "Créese generalmente —decía él— que toda la ciencia se encuentra en la gramática latina de Nebrija, en la filosofía Aristotélica, en las Institutas de Justiniano, en la Curia Philippica y en la teología de Gonet y la de Larraga" (2). Tal es el estado de las cosas que, aún en la etapa revolucionaria, la Universidad sigue siendo un centro de ideas conservadoras. Las pocas luces de modernidad que penetraban por sus puertas se debía al empeño de ciertos profesores, entre los cuales el Dr. Rafael Escalona y el padre Baltazar Marrero.

Tan oscuro y difuso es el cuadro que nos presenta el estado de la instrucción en la Caracas colonial que podría parecer difícil que Bello encontrara en ese ambiente los estímulos necesarios para su formación y las fuentes indispensables para despertar la orientación moderna de su pensamiento. No obstante ello, si se examina atentamente las obras de los filósofos coloniales que en los claustros conventuales se consagraron a largas reflexiones sobre los grandes problemas teológicos y metafísicos, no es difícil encontrar a través de ellas una cierta tradición filosófica que si no por sus

se extiende desde el siglo XVII hasta principios del XIX, y cuyo pensamiento es hoy acequible gracias a la ingente tarea de traducción y edición realizada por el profesor Juan David García Bacca. Antes de señalar los elementos que podrían ponernos sobre la pista de una posible continuidad ideológica que nos lleve del escotismo colonial a la *Filosofía del Entendimiento*, vamos a dar alguna información sobre estos filósofos franciscanos.

Alfonso Briceño, Obispo de Caracas, nació en Santiago de Chile en 1590. Muere hacia 1688. Su obra teológica, en dos volúmenes, fue publicada en Madrid, en 1638, tal como era de rigor en aquellos tiempos. Su título era: *Prima pars celebriorum controversiarum in Primum sententiarum Johannis Scoti doctoris subtilis. Theologorum facile Principis* (1). Como su título lo indica y su plan lo confirma, se trataba de una obra de carácter eminentemente teológico. No obstante ello, Briceño añadió una serie de disertaciones metafísicas bajo la forma de introducción o de apéndices a los temas teológicos que en su conjunto constituyen un verdadero tratado de metafísica. Por lo demás, el mismo autor se vió obligado a escribir un índice metafísico especial, por materias, en vista de la utilización metafísica de su obra teológica.

Estas disertaciones comprendían casi todos los temas tradicionales de la metafísica: esencia, existencia, el principio de individuación, teoría del conocimiento, potencia natural de la materia, sustancia espiritual, unidad y pluralidad, verdad, intuición, objeto del entendimiento, tiempo, duración, posibilidad, etc. (2).

Tenemos, en segundo lugar, al hermano Agustín Quevedo Villegas, nacido en Coro, Venezuela. Se ignoran las fechas exactas de su nacimiento y de su muerte. "El padre Quevedo Villegas, Doctor en Teología, Religioso Franciscano, Definidor de su Provincia, que era la llamada de Santa Cruz en su Orden, y correspondía a la Gobernación de Venezuela, Censor del Obispado de Caracas y del Arzobispado de Santo Domingo, radicose al fin en la última ciudad citada, de donde salió para España con el objeto de imprimir como lo hizo en Madrid por los años de 1752 a 1756, sus obras escritas en latín, en cuatro tomos en cuarto español, titulada *Opera Theologica* (3).

Los cuatro volúmenes de la *Opera Theologica* son un conjunto de comentarios a los cuatro libros de las *Sentencias* del Maestro Pedro Lombardo. El primer volumen contiene una serie

---

(1) Matriti. Ex Typographie Regia. Anno 1638.

(2) cf. Briceño, Alfonso: *Disputaciones Metafísicas. Texto traducido del Latín con una introducción por el Dr. Juan García Bacca*. Instituto de Filosofía. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1955.

(3) Arcaya, Pedro: *Discursos leídos en la Academia Venezolana*. Caracas, 28 de enero de 1917.

de tratados sobre Dios, la ciencia de Dios, la voluntad divina, etc.; el segundo trata, entre otros temas, de la creación del mundo, del hombre, de los actos humanos, de la gloria y de la justificación; el tercer volumen trata de la encarnación divina, de las virtudes teológicas y morales; el cuarto volumen, de los sacramentos en general y de los siete sacramentos particulares. Los volúmenes tenían 630, 801, 870 y 818 páginas respectivamente (1).

Grande fue la admiración que en España produjo la obra teológica de Quevedo Villegas, cuyas páginas descubren a los ojos de los censores españoles la riqueza de América, que ya no se traduce en oro sino en sabiduría.

El censor Manuel de las Casas, por ejemplo, escribe en el primer volumen: "Sed ubinam rogo et unde conceptus tam mirabilis Tamque pretiosi partus? Ab India et in Indis dicitur quin hoc Hispania miretur... Felix sit Arabia; sed felicior India non quia in India aurum obrizum, non quia in illa aurum et argentus, sed quia in illa et ab illa sapientia" (2).

A la aparición del segundo volumen, el hermano Gabriel Salgado emite el juicio siguiente: "Legi, inquam, et quidem assidue tamquam ex Novo Orbe advectum reperturus thesaurum, non equidem... sed auro pretiosioremm immo omnium rerum pretiosissimam Sapientiam ex americano Plutone invenire sperabam, nec frustra..." (3).

Tomás Valero, nacido en Cuyo, Venezuela, doctor teólogo del santo oficio, examinador sinodal de las diócesis de Puerto Rico y Caracas y definidor de esta última provincia, es el tercer maestro del pensamiento venezolano cuya obra le da un lugar importante en la historia de las ideas en América. Su obra teológica, en dos volúmenes, comprende problemas como el de la ley en general, de la ley natural y de las leyes humanas, tratados al "modo histórico, concionatorio et scholastico procedens, utrumque sensum: litteralem scilicet et moralem amplectus", tal como se advierte bajo el título de la obra (4).

A igual que Villegas, el hermano Valero recibiría una excelente acogida de parte de los censores madrileños. Así, el censor Manuel de Pinillos escribirá sobre la obra del pensador americano:

- 
- (1) Ex Typographie fignate Francisci Reciente. 1752, 1753, 1755, 1756.
  - (2) cf. Quevedo Villegas, Agustín: "Tratados filosóficos", en *Antología del pensamiento filosófico Venezolano*. Selección de textos y traducción del latín al castellano por el Dr. J. D. García Bacca. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1954. pp. 193, 194.
  - (3) Ibid, p. 195.
  - (4) Valero, Tomás. *Theologia Expositiva in sacrosanctum Evangelium Domini nostri Jesuchristi secundum matheum*. Hispali: Ex Typographie fignate Latini Francisci Sánchez Reciente. Sevilla, 1755. 2 Vols.

“Sublime et elegans hoc opus vocitavi, contrariumque assere esset proprie cecutire” (1).

Menos importante, aunque altamente significativo, es el franciscano Antonio de Navarrete, nacido en Caracas, ex lector de Artes, Filosofía y Teología Sagrada, Doctor en Teología de la Universidad Primada de Santo Domingo, hijo menor de la Orden seráfica en la Provincia de Santa Cruz, Caracas. Se sabe que tomó los hábitos en 1770 y que murió hacia 1814.

De menor importancia, hemos dicho, porque a pesar de los 17 volúmenes que escribió no llegó a publicar ninguno. Se conserva solamente el séptimo volumen, del cual aparece una parte en la *Antología del pensamiento filosófico Venezolano* (2). Es posible, sin embargo, que su obra haya sido conocida dado los propósitos que lo movieron y que él estampó en la cubierta del séptimo volumen: “Como no todo puede llegar a manos de todos, es útil que muchos escriban lo mismo que otros han escrito de otro modo: para que llegue a manos de muchos lo que escrito por otros no ha podido llegar a su noticia. Aunque no faltará aquí algo del propio Marte del Author” (3).

Significativo, hemos dicho, porque el hermano Navarrete, sin escapar de las normas de la tradición escolástica, revela ya en sus páginas un cierto espíritu enciclopédico en el que se advierte la influencia de Feijóo. La obra del franciscano Navarrete viene a ser así un testimonio del tránsito de los viejos a los nuevos tiempos. Ello lo confirma el hecho de que Navarrete haya preferido el español como forma de expresión, en lugar del latín tradicional de los teólogos coloniales. Por lo demás, él no fue indiferente a los acontecimientos que conmovieron la conciencia americana de aquellos días, y así lo vemos saludar con simpatía la extinción de la Inquisición, institución que él nunca consideró apropiada a la realidad americana.

Tales son los principales pilares que han sostenido la tradición escotista venezolana a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Agotador por demás sería el análisis detallado de la obra de estos franciscanos a fin de establecer en todas sus modalidades la continuidad ideológica que acreditaría el curso de los tiempos. No siendo ese nuestro propósito, vamos a limitarnos a señalar algunos elementos comunes en el pensamiento de Briceño, Quevedo Villegas, Valero y Navarrete, cuyo plan general en su secuencia histó-

---

(1) cf. García Bacca, Juan David: “Prólogo a las meditaciones metafísicas de Tomás Valero” en *Antología del Pensamiento filosófico Venezolano*. Op. cit. pág. 330.

(2) *Ib'd.*, pp. 439 — 510.

(3) Navarrete, Juan Antonio: *Arca de Letras y Teatro Universal*. Anno Domini MDCCLXXX111. Manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de Caracas.

rica e ideológica crearían lógicamente las condiciones que hicieran posible una filosofía como la expuesta por Bello en la *Filosofía del Entendimiento*. Esperamos con ello confirmar la idea de que existe una continuidad de pensamiento en la historia de las ideas en Venezuela como en el resto de la América Latina, que le da a esa historia una estructura orgánica.

No pretendemos con ello, en manera alguna, concluir en el supuesto de una autonomía total del desarrollo del pensamiento latino-americano con respecto al desarrollo del pensamiento europeo, lo cual sería una negación arbitraria de la indudable y permanente influencia que este ejerce sobre aquel. No aspiramos a otra cosa que mostrar que si existe un cierto paralelismo en el desarrollo histórico en esos dos pensamientos, no es porque el de la América Latina sea el simple reflejo del europeo, sino porque también existe un cierto paralelismo en las condiciones históricas y sociológicas sobre las que ellos se apoyan. Así nosotros encontramos detrás del pensamiento latinoamericano no solamente causas que lo justifican, sino además una actividad creadora propia que le da impulso. Es con este criterio que señalamos la tradición escotista venezolana como una de las fuentes seminales del pensamiento de Bello.

1. Como primera observación a tal propósito puede señalarse que la tradición escotista venezolana se desarrolló siguiendo una línea claramente anti-racionalista que se advierte ya en su concepción de Dios, cosa que es propia, por lo demás, de toda tradición escotista. En oposición al tomismo, los franciscanos sostienen la idea de un Dios personal, fuera de todo principio lógico y cuya existencia, en tal virtud, no puede ser objeto de demostración racional. Al Dios de razón se opone así un Dios de revelación. ¿Qué importancia puede tener esta concepción anti-racionalista de Dios con respecto al desarrollo de la historia de las ideas en Venezuela? De que la tiene, no lo dudamos, sobre todo como una preparación ideológica para la introducción de la modernidad, como una perspectiva que apunta directamente hacia una incorporación de la experiencia al pensamiento, como veremos después. A este propósito, el profesor García Bacca se plantea la siguiente cuestión: "Esta constelación franciscana que se levanta en diversas partes de esta nación, ¿no tendrá detrás un sistema ideológico, casi no lo llamaré ideológico, una perspectiva personal, un aprecio por la persona y por el poder, por la palabra, por la gana inclusive —en términos de degeneración— por la voluntariedad, por la arbitrariedad, que no estaría tal vez presente, no hubiese cuajado, si hubiese esta nación nacido bajo la constelación... de un sistema tomista, perfectamente racional?" (1). Así

---

(1) García Bacca, Juan David: *La filosofía en Venezuela desde el siglo XVII al XIX*. Op. cit. pp. 11, 12.

tenemos, pues que las ideas filosóficas en Venezuela nacen en el mundo de la colonia bajo los rasgos del espíritu anti-racionalista.

2. Si el pensamiento franciscano se desarrolla bajo un criterio anti-racionalista con respecto al problema de Dios, necesariamente ese anti-racionalismo debía desembocar, por una lógica del sistema, en el voluntarismo, es decir, en la idea de un predominio de la voluntad sobre el entendimiento. En efecto, nuestros teólogos conciben la voluntad como la potencia suprema a cuyo servicio se encuentra el entendimiento: "Al modo que el entendimiento es potencia esencialmente natural, esto es, determinada a una cosa, de modo que, puestos todos los requisitos para obrar no puede no obrar, la voluntad es potencia esencialmente libre, de modo que de suyo está indeterminada para la operación, esto es, querer y no querer, o dejar de querer, o sea: es libre para lo contrario y para lo contradictorio" (1). Más tarde veremos cómo la filosofía de Bello, que es una filosofía de la acción, se inscribe perfectamente en la línea voluntarista de esta tradición escotista.

3. Siguiendo su oposición al tomismo los teólogos franciscanos sostienen la idea del predominio del individuo sobre la especie. Cada uno es en sí, cada uno tiene su propia entidad, su propia naturaleza, no siendo la materia el principio de la individuación. Nosotros somos los que somos por originalidad propia, por constitución propia, incluso si no hubiese de quien distinguirse. "Es así que a la serie de sustancia, en cuanto se diferencia enteramente de cualquier coordinación de accidentes, no solamente pertenece un primer predicado, del cual no se enuncia ningún otro género predicamental, sino también un sujeto ínfimo, respecto del cual ninguna otra cosa hace ya de sujeto; luego lo singular, que es el sujeto ínfimo del predicamento de sustancia, debe incluir constitución sustancial. Es así que repugna que un grado quiditativamente sustancial se tome del accidente, como de principio esencial físico; luego la cantidad, en cuanto signando o delimitando la materia, no puede ser principio intrínseco de individuación" (2). Ello se explica por el hecho de que "el grado de sustancia es el que confiere la quiddidad al individuo, que es más importante que la distinción individual y numérica, que proviene de la cantidad". (3). Es necesario concluir, pues, que "el individuo saca de la sustancia la sustancialidad principal y simplemente, y no la accidentalidad del accidente cantidad, ya que en Pedro es más importante la quiddidad de hombre que proviene de la unión de los grados esenciales, que la diferencia material y numérica res-

---

(1) Villegas Quevedo, Agustín: "Tratados filosóficos" Op. cit. pág. 265.

(2) Briceño, Alfonso: "Disputaciones metafísicas". Op. cit. págs. 123, 124.

(3) Ibid. Pág. 124.

pecto de los demás individuos, que es lo que viene de la cantidad".  
(1).

Esta concepción de la individuación en Briceño que pone a la luz el estado original de la conciencia, del "yo" que no es más "particularidad" sino "singularidad" y que no se explica por ningún universal y en donde se niega incluso la objetividad de los universales no podía ser posible sino por la intuición y la experiencia inmediata de la singularidad de lo real. Este hecho, ya valioso por sí en cuanto preparación de nuevas formas de pensamiento, tiene por otra parte, consecuencias gnoseológicas notables que señalamos inmediatamente.

4. Mientras que la tradición tomista enseña que el entendimiento sólo puede conocer lo universal, nuestros teólogos, fieles a su tradición escotista, afirmaban la posibilidad de conocer lo singular: "de que el entendimiento intuitivo aprehenda distinción o contradicción entre razones objetivas, se deduce perfectamente que tal distinción antecede, por la naturaleza misma de la cosa, al acto del entendimiento que intuye una tal distinción en el objeto, puesto que el conocimiento intuitivo no puede ser causa de una pluralidad de razones objetivas". (2) La afirmación de que el entendimiento, más allá de la sensación, puede conocer lo singular, nos confirma la existencia de una cierta inclinación empirista en la tradición filosófica de la Venezuela colonial. Hecho importante que demuestra que el empirismo tiene raíces viejas en la historia de las ideas venezolanas y que nos remontan a dos siglos antes de la aparición de la *Filosofía del Entendimiento*.

En resumen, tenemos que la tradición filosófica venezolana, representada en la obra de los teólogos franciscanos, se caracteriza por una tendencia anti-racionalista, por el individualismo y el voluntarismo, por su inclinación al empirismo y, en consecuencia, por la estimación de lo sensible, concreto y determinado. Si a ese anti-racionalismo, voluntarista y empirista, de la tradición franciscana, nosotros añadimos el gusto que estos teólogos tienen por la teoría del lenguaje, la sintaxis lógica y el estudio de la lógica desde el punto de vista gramatical, ya tenemos prácticamente establecida la continuidad ideológica que nos lleva de la escolástica colonial al pensamiento de Bello. Basta un examen ligero de la orientación general, de los principios fundamentales y tendencias especiales del pensamiento de Bello para evidenciar sus indudables orígenes coloniales.

En primer lugar, toda la obra de Bello manifiesta esa impronta nominalista que nos explica su gusto por el estudio del lenguaje, de la gramática, lo que es propio de la tradición escotista. "En

---

(1) Ibid. Págs. 123, 124.

(2) Ibid, Pág. 153.

lo que más descuella el genio de Bello es en la novísima concepción de su obra gramatical en la que, sagazmente diferenciados, aparecen por vez primera, un sentido de la unidad en la lógica de la lengua y un propósito de liberación de la forma lingüística americana" (1). A esta observación añádase esta otra de Menéndez Pelayo: "A él se debe, más que a otro alguno, el haber emancipado nuestra disciplina gramatical de la servidumbre en que vivió respecto de la latina" (2). Y es a él, sin duda alguna, ya que en aquellos tiempos "la Península no tenía aún una gramática digna de la época, aspirando al honor de tal, publicaciones de un mérito muy disputado" (3). He allí, pues, una preocupación bellista que se inscribe directamente en la tradición nominalista de los teólogos franciscanos.

Otro problema que interesó profundamente a Bello fue el estudio de la lógica, lo cual es también una herencia de su formación en el ambiente escolástico de la Universidad de Caracas. "De todas las partes de la filosofía, Escalona sólo explicaba lógica y física, por lo largo" (4). Puede medirse la importancia que la lógica tiene en el sistema de Bello de su concepción misma de la filosofía: "El objeto de la filosofía es el conocimiento del espíritu humano y la dirección conveniente de sus actos... La filosofía en cuanto tiene por objeto el conocimiento de las facultades y de las operaciones del entendimiento, se llama Psicología Mental o Intelectual, y en cuanto da reglas para la acertada dirección de esas facultades y operaciones se denomina *Lógica*" (5). Así dejaba Bello la metafísica fuera del sistema o, al menos, sus problemas quedaban contenidos dentro de las investigaciones de la Psicología y de la Lógica: "Las materias que acabo de enumerar tienen una conexión estrecha con la Psicología Mental y la Lógica... porque el análisis de nuestros actos intelectuales nos da el fundamento y la primera expresión de todas esas nociones, y porque la teoría del juicio y del raciocinio nos lleva naturalmente al conocimiento de los principios o verdades primeras, que sirven de gufa al entendimiento en la investigación de todas las otras verdades" (6).

---

(1) Díaz Sánchez, Ramón: "La Gloria de Bello" en *Tercer Libro de la Semana de Bello en Caracas*. Op. cit. Pág. 31.

(2) Menéndez Pelayo, Marcelino: *Historia de la noesía hispanoamericana*. Victoriano Suárez. Madrid, 1911. T. 1. Pág. 365.

(3) Ponte, José Antonio: "Discurso laudatorio" en *Recuerdos del Ilustrísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela, doctor...* Imprenta Monitor. Caracas, 1884. Pág. 236.

(4) Amunátegui, Miguel Luis: *Vida de don Andrés Bello*. Op. cit. Pág. 20.

(5) Bello, Andrés: "Filosofía del Entendimiento" en *Obras Completas*. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1951. Vol. 111. Pág. 5, 6.

(6) *Ibid*, Pág. 7. n.

Pero además, Bello no se limita a seguir la lógica tradicional, sino que hace, en este dominio, investigaciones propias que lo aproximan a la lógica moderna, lo cual se advierte en su tendencia al calculismo y al simbolismo. Podría pensarse que esa tendencia es resultado del estudio de los primeros trabajos de lógica simbólica publicadas en Europa, pero es fácil mostrar lo contrario, tal como lo ha señalado el profesor García Bacca (1). En efecto, ello se prueba con sólo seguir la fecha de los primeros trabajos de lógica simbólica: el primero que aparece es el de Boole en 1847 (2), que es seguido por el de Jevons, aparecido en 1864 (3). Si tenemos en cuenta que las ideas lógicas de Bello estaban ya formadas hacia 1845 (4), sería necesario reconocer que no podía conocer a Boole, a quien nunca cita, y menos a Jevons, cuya obra aparece solamente unos meses antes de la muerte de Bello. Ello hace lícito suponer que las formulaciones simbólicas y el empleo del cálculo en Bello no tiene otra fuente que sus estudios lógicos realizados en la Universidad de Caracas y que él supo completar con bastante profundidad. Esto representa un nuevo elemento importante para establecer la continuidad ideológica entre Bello y la tradición escotista venezolana.

Otro factor que merece nuestra consideración a este propósito es la tendencia que encontramos en Bello a caracterizar a Dios por medio de los atributos propios de la voluntad: causa por imperio o mandamiento; determinación de los fenómenos y su distribución en el espacio y en el tiempo, no por un acto de inteligencia o de razón suficiente, sino por un principio electivo y libre (5). Este planteamiento del problema en Bello queda perfectamente ubicado dentro de la línea del voluntarismo de los franciscanos venezolanos.

El pensamiento de Bello, finalmente, es de total inclinación hacia el empirismo. Su formación dentro de la orientación gene-

- 
- (1) García Bacca, Juan David. "Filosofía de la Gramática y gramática universal de Andrés Bello" en *Revista Nacional de Cultura*. No. 35. Caracas, 1947.
  - (2) Boole, George: *The Mathematical Analysis of Logic being an essay towards a calculus of deductive reasoning*. Macmillan London, 1847.
  - (3) Jevons, W. Stanley: *Pure logic or the logic of quality aspect from quantity*. Stanford. London, 1864.
  - (4) Ello se deduce de un artículo publicado por Bello en *El Araucano* (Santiago, 1845) en que critica las ideas lógicas desarrolladas por Briceño en su *Curso de Filosofía Moderna* cf. García Bacca, J. D.: "Introducción a las obras filosóficas de Andrés Bello". Op. cit. Pág. XXVIII.
  - (5) cf. Bello, Andrés: Op. cit. Pág. 163. (determinaciones de Dios); 151, 152 (atributos divinos); 159, 160 (inteligencia); 153, 154, 155, 156, 160, 161 (libertad y voluntad); 155 (Dios y el principio de causalidad); 189, 190 (Dios, espacio y tiempo).

ral del pensamiento de su época nos explica en gran medida esta tendencia suya. No obstante, hay que tener en cuenta que el empirismo, como señaláramos anteriormente, se abría paso en la tradición venezolana desde hacía ya dos siglos. Esto nos impone la certeza de que más allá de las corrientes de influencias filosóficas del pensamiento europeo, subyace siempre una cierta unidad y continuidad de pensamiento que, en el caso de Venezuela, nos conduce desde la obra de Briceño hasta la época que estudiamos y, muy particularmente, hasta las formulaciones filosóficas de Bello.

Ahora bien, esta continuidad puede ser establecida no solamente en el terreno de las ideas, en el cual un alto grado de coincidencias puede producirse, sino también en el terreno histórico, atendiendo al carácter de los cambios que se producen en la enseñanza de la filosofía en Caracas hacia fines del siglo XVIII.

Lo que se ha dado en llamar la revolución contra Aristóteles y que señala el fin del predominio de la escolástica y la introducción de la filosofía moderna, se produce hacia 1770 con la polémica entre el Conde de San Javier y el profesor Valverde (1). Ya no será más la física del estagirita sino la de Newton —decía Valverde— la que nos liberará del irracional y tiránico yugo no alcanzado por ningún otro monarca (2). Ese fue el punto de partida. Poco después un teólogo, el padre Baltazar Marrero, explicaba la filosofía moderna, tarea que fue continuada por Escalona, cuyos cursos fueron seguidos por Bello. Por otra parte, el Virrey Manuel Guirior, de Bogotá, imponía las obras de Brescia, Jaquier y Mayans, como el tipo de filosofía que se debía explicar en las universidades.

Así, allí donde antes sólo se escuchaban lecciones peripatéticas y temas teológicos, ahora se discute sobre el libre examen y el valor científico de los datos de la experiencia. Y mientras los espíritus se alejan de Aristóteles y Santo Tomás, comienzan a familiarizarse con los nuevos maestros en las disputas e investigaciones: Descartes, Condillac y Newton son los maestros de la nueva mentalidad (3). Pero, como ya lo señaláramos antes, los cambios no son bruscos ni representan una ruptura definitiva con la escolástica colonial. Dos hechos lo prueban:

- 
- (1) cf. Parra León, Caracciolo: *Filosofía universitaria Venezolana*. 1788-1821. Caracas, 1934. 2da. Edición.
  - (2) cf. Cárdenas, Horacio: *Resonancias de la filosofía europea en Venezuela*. Instituto de Filosofía. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1955. Pág. 17.
  - (3) cf. Villalva Villalva, Luis: "La filosofía en Venezuela" en *Revista del Instituto Pedagógico Nacional*. Año II. Números 1, 2, 3. Caracas, 1945.

En primer lugar, los voceros de la nueva mentalidad son precisamente teólogos o maestros de formación escolástica: Valverde, Marrero, Escalona. Se trata, en consecuencia, de espíritus formados dentro de la tradición filosófica que hemos esbozado. Hecho importante en cuanto ilustra que esa tradición no era en modo alguno contraria al espíritu de la filosofía moderna y de la nueva ciencia.

En segundo lugar, los textos de moda, Mayans, Brescia, Tosca, Jacquier, aunque de inspiración moderna, están inscritos en la corriente de dirección escotista. Y no puede haber duda de que Bello ha debido estudiar tales textos por ser oficiales.

Estos dos hechos nos permiten establecer que Bello fue formado dentro de un espíritu moderno de inspiración escotista que ya era parte del ambiente ideológico venezolano. Las ideas modernas de fuente inglesa y francesa no vinieron sino a completar lo que ya estaba en germen.

Del examen de estas cuestiones puede inferirse la existencia de una línea de progresión histórica y de continuidad ideológica que, enraizada en el escolasticismo colonial, nos lleva hasta la *Filosofía del entendimiento*. No es sino con el surgimiento del positivismo que el movimiento ideológico americano rompe con la tradición colonial en busca de nuevas vías y nuevas soluciones con las cuales enfrentarse a las nuevas condiciones históricas (1). Pero aunque el positivismo aparece como una última reacción contra los vestigios y consecuencias de la mentalidad colonial y escolástica, no puede menos que reconocerse que una tradición como la que acabamos de establecer en sus líneas generales, no podía ser de ninguna manera contraria al espíritu positivista. Porque no es extraño, como lo señala el profesor García Bacca, que "quien se sienta empujado por una corriente empirista, de predominio y reverencia por lo sensible, por lo concreto y determinado, exagerándolo un poco, termine en positivista integral" (2). Naturalmente, el cumplimiento de tal posibilidad requería la existencia de nuevas condiciones socio-económicas, la renovación de las fuentes ideológicas, así como el desarrollo de la vida científica.

Sea como fuere, la tradición escotista de los franciscanos venezolanos constituye, a no dudarlo, una de las fuentes ideológicamente importantes del pensamiento de Bello cuyo alcance no puede soslayarse para la comprensión de ciertas ideas y tendencias de su pensamiento.

---

(1) cf. Guerrero, Luis Beltrán: *Introducción al positivismo Venezolano*. Instituto de Filosofía. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1965.

(2) García Bacca, J. D.: *La filosofía en Venezuela desde el siglo XVII al XIX*. Op. cit. pág. 18.

Pero la formación universitaria de Bello se desarrolla también bajo la influencia directa de las escuelas filosóficas modernas de Inglaterra y Francia. En efecto, ya hemos indicado cómo el año de 1770 marca el nacimiento del espíritu moderno en la Universidad de Caracas con la defensa que hace Valverde de la física de Newton frente al aristotelismo reinante, a lo que sigue la enseñanza de la filosofía moderna por los profesores Marrero y Escalona. Las consecuencias del nuevo espíritu es la discusión abierta de ciertos temas tal como la defensa de Bello del método experimental y la tesis cartesiana de José Cecilio Avila "animat residet in corpore calloso cerebri" (1). La atmósfera ahora predominante y la discusión de temas de esta naturaleza suponen indudablemente el conocimiento de obras filosóficas modernas. Caracciolo Parra ha mostrado documentalmente que "Gassendi y Descartes, Leibniz y Wolff, Malebranche y Berkeley, Bacon, Condillac y Lammarck, Eximeno y Verney, dejaron huellas profundas en la educación de los universitarios de Caracas que no los leyeron (como algunos dicen sin vista ni examen de documentos) a escondidas y en el deseo de formarse por su propia cuenta, sobresaltados por la Inquisición, sino que los recibieron a ciencia y paciencia de todo el mundo, de labios de los catedráticos de la Universidad, clérigos y seculares, por lo menos de 1788 en adelante" (2).

Si atendemos a la afirmación de Parra podemos concluir que Bello en los tiempos de su formación...

presión "casualmente" no significa, como señala el profesor García Bacca, que Bello "no hubiera leído antes, por falta de ocasión, obras de Condillac, ni las referentes a filología, ni a filosofía, que tanta influencia directa, o por oposición, tuvieron en él". (1).

Es posible que Bello haya conocido otras obras de Condillac dado el hecho, señalado por Parra, de que incluso los dominicos utilizaban a Condillac en sus clases de lógica (2). Por otra parte, el mismo Condillac había hecho un resumen de toda su filosofía en el "Précis des leçons préliminaires del Cours des études estudiado por Bello en vista de su primer ensayo filológico.

Más difícil resulta comprobar su conocimiento de las obras de Berkeley. En este caso nos limitamos a señalar el testimonio de Caracciolo Parra, quien afirma que Berkeley, junto a otros idealistas, había alcanzado un gran prestigio en la Universidad (3). Si se toma en consideración que las obras de Berkeley habían aparecido desde 1709, 1710 y 1713 respectivamente, ello no es imposible.

#### 4. CONCLUSION

Así tenemos al joven Bello en sus primeros contactos con la filosofía moderna en un ambiente universitario de tradición escotista inspirada, tal como hemos señalado anteriormente, por una corriente empirista, personalista y nominalista, desarrollada por la escuela franciscana. Se descubre así, en el propio mundo intelectual de la colonia latinoamericana, uno de los orígenes de la filosofía empirista de Bello, cuyo impulso inicial sería llevado hasta sus últimas consecuencias por los movimientos empiristas, sensualistas y psicologistas, cuyos maestros más representativos, Locke, Berkeley, Hume, Condillac y los escoceses, tienen sus orígenes, ellos también, en la tradición escotista. Es así como las formulaciones filosóficas de los franciscanos americanos, y particularmente en Venezuela, constituyen una de las vías hacia los nuevos movimientos ideológicos de la época de la revolución latinoamericana. Hay muchos puntos de convergencia, muchos contactos internos entre el pensamiento franciscano y la *Filosofía del Entendimiento* concretamente, para hacer abstracción de ellos en la investigación de los orígenes internos y externos de las ideas en América Latina hasta

---

(1) García Bacca, J. D.: "Introducción a las obras filosóficas de Bello". Op. cit. Pág. XXIII.

(2) Parra León, Caracciolo: Op. cit. Pág. 64, 90, 112.

(3) Ibid. Pág. 90.

los tiempos del romanticismo. No hay, en este sentido, un vacío ideológico entre la vieja tradición escolástica y la modernidad, sino, al contrario, una línea de progresión en medio de la cual se entrecruzan las corrientes de influencia del pensamiento moderno europeo. Bello constituye un eslabón ejemplar de esa línea de progresión ideológica.

## BELLO EN LONDRES

### 1. LA OBRA PERIODISTICA

El 10 de Julio de 1810 llega Bello, a bordo del bergantin Wellington, al puerto inglés de Pormouth. Con ello se inicia un segundo período de su vida que se prolongará hasta 1829 cuando, volviendo sobre sus pasos, se reincorpora a la vida americana.

Este período europeo en la vida de Andrés Bello es considerado por algunos autores como el momento más fecundo de su existencia (1), juicio que si bien no es justo en lo concerniente a su producción integral, lo es al menos en cuanto a la maduración de su espíritu. Porque si Bello desembarca en las playas europeas a una edad de treinta años y en posesión de una vasta cultura dentro de los límites de lo que la pedagogía americana podía ofrecer en aquellos días, cuyos alcances hemos tratado de señalar, no es menos cierto que es ahora cuando puede penetrar directamente en el extraordinario panorama científico de la cultura europea. Si los fundamentos de su formación enciclopédica fueron echados en Caracas, es la vieja ciudad de Londres la que le permitirá levantar la sólida estructura de su pensamiento y darle libre curso a su imaginación creadora. Como Pedro Grases lo indica, "el joven salido de la vida simple de Caracas se encuentra frente a otra perspectiva humana, aprende a manejar otros instrumentos de cultura, conoce otra sociedad y se apropia de ideas más vastas; se apropia sobre todo, de nuevas fuentes de sabiduría y alcanza con mayor profundidad los conceptos de vida, sociedad y tiempo histórico" (2).

---

(1) cf. Anderson Imbert, Enrique: *Historia de la Literatura Hispano-Americana*. Fondo de Cultura Económica. Colección Breviarios. México, 1954. Cap. V: 1808 — 1824.

(2) Grases, Pedro: "Bello y su obra" en *Segundo Libro de la Semana de Bello en Caracas*. Op. cit. p. 148.

Este encuentro con un ambiente de viejas tradiciones y grandes perspectivas que él no había conocido hasta ahora sino indirectamente, probablemente despertó en su espíritu, desde los primeros momentos, ambiciones creadoras que quizás no habría siquiera presentado en su ciudad natal. Una inteligencia viva y un espíritu audaz encuentran ahora un campo abierto a sus potencialidades hasta entonces apenas ejercitadas en su curiosidad nativa al contacto, aun poco profundo, con la cultura universal. Y en este despertar de su espíritu, no solamente el hombre, la vida y el mundo adquieren un nuevo sentido, más vigoroso y significativo, sino que se produce también, por así decir, un redescubrimiento de América. Vista desde fuera y desde un punto más elevado, el panorama de América ha podido presentarse más completo, más total, más preciso en su complejidad histórico-cultural. Y así, su visión poética de América —que en su juventud no trascendía los límites de su Venezuela— deviene en una visión más amplia y más realista: América y civilización, binomio que desde entonces será inseparable a lo largo de su actividad creadora. El joven que partió de América lleno de curiosidad y ávido de conocimiento, será a su retorno el maestro que vuelve con objetivos claros y precisos: educar, formar, ordenar; en una palabra, civilizar.

Es necesario señalar, sin embargo, que su misión oficial era otra. En compañía de Bolívar y López Méndez llegó en busca del apoyo británico para la revolución hispanoamericana. Los delegados, sin duda, habían acariciado ilusiones poco realistas en vista de la simpatía que la corona británica había testimoniado frente a los movimientos revolucionarios de las colonias. Pero no tuvieron en cuenta la situación internacional que en esos momentos imponía al gobierno de Su Majestad un cambio radical en su actitud con respecto a la independencia de los pueblos de América Latina. Su alianza con la Junta Central, que mantenía en España la lucha contra Napoleón, con las consecuentes concesiones que esa alianza significaba, hicieron decrecer el interés de la corona en el éxito de la independencia de las colonias (1). Consejos, promesas vagas, eso fue todo lo obtenido por la misión diplomática. Si a pesar de ello el gobierno inglés continuó su política de ofrecer a los distintos agentes hispanoamericanos todas las facilidades para obtener barcos, armas y soldados ello se debía más que nada, porque sus intereses mercantiles le aconsejaban cubrir todos los frentes.

Terminada la misión diplomática. Bolívar regresa a Venezuela para iniciar el drama sangriento de América que pondría en juego las más diversas y escondidas fuerzas de que puede disponer el poder humano. Guerreros y políticos se entregaron a la tarea firme

---

(1) cf. Webster, C. K.: *Britain and the independence of Latin-America. Select Documents from the Foreign Office Archives.* Oxford University Press. London, 1938.

y decidida de transformar la fisonomía de los viejos dominios españoles, mientras que Bello, en Londres, se prepara para la tarea que debía corresponderle: la culminación de la obra iniciada por los fusiles y cañones. Tarea menos heroica, ciertamente, pero, sin embargo, tan perdurable y significativa como la otra.

El camino del perfeccionamiento de Bello nos lleva de la residencia de Miranda, en Grafton Street, en donde Bello tiene sus primeros contactos con la inteligencia británica, hasta el Museo Británico, en donde pasará gran parte de su tiempo entregado al estudio y a la investigación.

El vivirá en casa de Miranda de 1810 a 1812, lo cual es de particular importancia porque ella era entonces un centro de reuniones literarias y científicas. Por otra parte, Miranda era un hombre de vasta cultura y poseía una biblioteca magnífica, particularmente rica en clásicos griegos y latinos, que estaba a la disposición de Bello (1). Allí, sólo, a la sombra de las obras maestras de la cultura greco-latina, aprende griego y luego el italiano. Al mismo tiempo se vincula con todas aquellas personalidades que podían serle de provecho en la vía del saber: conoce a Bentham y frecuenta la casa de James Mill; allí conoce a John Stuart Mill, aunque este, por su extrema juventud, no podía ejercer ninguna influencia sobre él (2). El poeta Olmedo, el filólogo Vicente Salvá, el físico N. Arnott, el pedagogo Lancaster, el economista Say y el dinámico pastor español Blanco White, formaban parte del círculo de sus amigos y de cada uno de ellos, sin duda, siempre tenía algo que aprender. Particularmente importante debió ser la influencia de Blanco White. Este, eclesiástico y escritor, emigrado a Inglaterra y convertido al protestantismo, era el maestro y guía espiritual de los emigrados españoles. Entre 1810 y 1814 editó un periódico de tendencia liberal titulado "El Español". El fue para Bello no sólo un amigo fiel, sino también consejero y confidente, como lo prueba el hecho de que éste le hiciera conocer la profunda crisis mística que lo dominara por algún tiempo (3).

Sería difícil, por no decir imposible, determinar el alcance de la influencia recibida por Bello en sus relaciones con los pensadores ingleses y los emigrados españoles. Para ello habría que reconstruir toda su vida en Londres, la regularidad con que frecuentaba a sus amigos, y hasta el sentido de sus charlas, cosa que va más allá de lo posible. Pero, en general, es necesario reconocer que la

- 
- (1) Miranda regaló su colección de clásicos editada en griego y latín-griego, a la Universidad de Caracas. La lista de obras, confeccionada por Bello, ha sido publicada en Caracas. cf. Grases, Pedro. *En Torno a la Obra de Bello*. Tipografía Vargas. Caracas 1953. pp. 81 - 83.
  - (2) John Stuart Mill nació en 1806; no tenía sino 23 años cuando Bello abandona Londres en 1829.
  - (3) Orrego Vicuña, Eugenio: Op. cit. p. 75.

comunicación con tales personalidades ha debido ser altamente beneficiosa en la orientación de sus estudios y de sus investigaciones, así como para el examen de sus propias ideas, ya formadas o en vías de formación. Particularmente importante en este sentido pudo ser su amistad con Bentham y James Mill en lo concerniente a sus tendencias filosóficas (1); con los españoles Gallardo y Salvá en lo concerniente a la filología; con Olmedo y Blanco White en cuanto a su sensibilidad artística y orientación estética.

Un segundo momento en el enriquecimiento intelectual y espiritual de Bello lo constituye su vida en el interior del Museo Británico, donde aparece su ficha de lector desde 1814 (2). Es allí donde se familiariza con todas las fuentes científicas que la cultura europea podía ofrecerle y que despertará en él, sobre la base de sus propias investigaciones, esa curiosidad científica que lo empujaría por todos los caminos del saber humano. Las notas que allí tomó serán la base de muchos de sus más importantes trabajos, sobre todo en el dominio de la filología y de la crítica literaria. Puede decirse, en ese sentido, que el erudito Bello nació en el Museo Británico. Una curiosidad despierta frente a las ricas colecciones de manuscritos, casi intocadas por las manos de los investigadores, lo pondría sobre la vía de una tarea científica en la cual el joven venezolano alcanzaría niveles dignos de los más grandes eruditos europeos de su tiempo, sea porque supera trabajos ya realizados, sea porque sienta nuevos fundamentos de una ciencia aún poco desarrollada. Hecho extraordinario que nos demuestra, no sólo su gran capacidad de trabajo, sino también la amplitud y la profundidad de sus preocupaciones. El, hijo de una tierra estremeada por la furia de los combates libertarios y consciente de su responsabilidad frente a los problemas capitales de la cultura hispanoamericana, se entrega a una tarea que, al menos en tales circunstancias, era totalmente extraña a los intereses vitales de nuestros pueblos. Ello es una prueba concluyente del rigor científico y de la alta disciplina mental y académica de la cual era capaz. Y es precisamente esta síntesis de preocupación científica y académica pura con la preocupación pedagógica que impregnará su pensamiento, dándole el valor didáctico que exigía con urgencia la realidad americana, lo que hará de Bello un verdadero humanista en el sentido más estricto del vocablo. Y, por lo que concierne a la historia de la cultura hispanoamericana, la primera expresión del humanismo integral.

Este hecho es más notable si se tiene en cuenta que no realiza sus esfuerzos en la mejor de las condiciones. Al contrario. a

- 
- (1) El hecho de que Mill escogiera a Bello para descifrar los manuscritos de Bentham es una prueba de la intimidad de sus relaciones.
  - (2) cf. Cordera, Rafael: "La incomprendida escala de Bello en Londres" en *Primer Libro de la Semana de Bello en Caracas*. Op. cit. p. 26.

sus preocupaciones eruditas y científicas se mezclan preocupaciones económicas a raíz de la caída de la Primera República venezolana en 1812. Abandonado así en el extranjero, la caída de la República significó para él el comienzo de la lucha por la subsistencia, agravada posteriormente por las responsabilidades familiares (1). Su tiempo se comparte así entre el estudio y las necesidades. Sus amigos tratan de auxiliarlo procurándole las más diversas ocupaciones, bien que dentro del dominio de sus preocupaciones e intereses: da clases de español y de latín; prepara al hijo del Subsecretario de Estado, sir William Hamilton, para su ingreso en la universidad; se le encarga la revisión de una traducción española de la Biblia; escribe en periódicos ingleses y españoles y, cuando las condiciones lo permiten, entra al servicio de legaciones hispanoamericanas (2).

Las contrariedades que siempre acompañaron su hogar y las constantes preocupaciones económicas no fueron, sin embargo, un obstáculo para la realización de sus propósitos intelectuales. Y así, esquivando dificultades, ya le vemos entre 1820 y 1829 ofrecer sus primeros frutos, sólidos y maduros, que harán de él progresivamente el maestro de la cultura hispanoamericana. Consciente de su responsabilidad frente a ésta, se traza un programa: "Hacer progresar en el Nuevo Mundo las artes y las ciencias, y completar su civilización; dar a conocer las invenciones útiles en vista de establecimientos nuevos, del perfeccionamiento de la industria, comercio y navegación, para que nuevos canales de civilización sean abiertos y crezcan los que ya existen; hacer germinar la semilla fecunda de la libertad, suprimiendo los prejuicios vergonzosos con que se le ha alimentado desde la infancia; establecer sobre las bases indestructibles de la educación el culto de la moral; conservar los nombres y las acciones que figuran en nuestra historia; tal es la tarea noble, pero vasta y difícil, que se nos impone por amor a la patria" (3). Estas palabras, escritas en 1826, son bastante reveladoras de la clara conciencia que Bello tenía ya en Londres de la misión civilizadora que la América Latina exigía de los nuevos maestros, y a la cual él respondería, punto por punto, desde su llegada a la tierra de sus ancestros.

Su obra creadora comienza, pues, en el período comprendido entre 1820 y 1829. Sus trabajos se encuentran dispersos principalmente en dos revistas: la *Biblioteca Americana* (1823) y el *Repertorio Americano* (1826-1827). Parece ser que Bello colaboró con

- 
- (1) En 1814 casa con una dama inglesa, Mary Ann Boyland. Muerta ésta en 1821, vuelve a contraer nupcias en 1824 con Isabel Dunn. De los dos matrimonios tuvo siete hijos.
  - (2) De la Gran Colombia de 1824 a 1828; de Chile en 1829.
  - (3) *Repertorio Americano* T. Primero. Londres, 1826. cf. "Prospecto", pp. 4 5.

el guatemalteco Antonio José Irisarri en la edición del *Censor Americano* (1820) que fue el primer periódico publicado por los hispanoamericanos en Londres. Así lo estima Blanco Fombona: "En Londres fundó y redactó, en compañía del Guatemalteco Irisarri.... el *Censor Americano* en 1820 (1). Tal es también la opinión de Lira Urquieta: "le acompañó con lealtad y con eficacia en la gran tarea de editar el *Censor Americano*" (2). Orrego Vicuña afirma que Irisarri invitó a Bello a colaborar en su periódico, pero pone en duda que éste lo haya hecho (3). Felice Cruz, por su parte, niega que Bello colaborara en la empresa fundándose en el hecho de que ninguno de los artículos del *Censor* revela su estilo (4). Pedro Grases, finalmente, en su estudio sobre la obra periodística de Bello, ni siquiera menciona el *Censor* (5). Sea como fuere, lo cierto es que lo que nos queda realmente de lo publicado por Bello en Londres son los artículos que aparecen en los volúmenes de la *Biblioteca Americana* y del *Repertorio Americano*.

La *Biblioteca Americana* fue publicada por Bello y el colombiano Juan García del Río. De ella sólo apareció el primer volumen (480 páginas) y la primera sección de lo que debía ser el segundo volumen (60 páginas). La revista estaba dividida en las siguientes secciones: 1. Prospectus; 2. Humanidades y Artes Liberales; 3. Ciencias Matemáticas y físicas con sus aplicaciones; Ideología y Moral e Historia.

Entre 1826 y 1827 aparece el *Repertorio Americano*, no ya como órgano de la Sociedad de Americanos, que fue el caso de la *Biblioteca*, sino como revista personal de Bello y sostenida por la Casa Bossange, Barthes y Lowell de Londres y Bossange père, de París. Aparecieron cuatro volúmenes de más de 300 páginas cada uno en las fechas siguientes: 1º de octubre de 1826; 11 de enero de 1827; 3 de abril de 1827 y 4 de agosto de 1827. El material estaba distribuido en forma semejante a la de la *Biblioteca*: Prospectus; Humanidades y Artes Liberales; Ciencias Matemáticas y físicas con sus aplicaciones; Ciencias intelectuales y morales; Documentos relativos a la historia de América (sección que falta en el primer volumen) y Boletín bibliográfico. La revista fue redactada casi en su totalidad por el mismo Bello, aunque se encuentran también colaboraciones de Olmedo, García del Río, Salvá, Pa-

- 
- (1) Blanco-Fombona, Rufino: "Andrés Bello" en *Tercer Libro de la Semana de Bello en Caracas*. Op. cit. p. 235.
  - (2) Lira Urquieta, Pedro: *Andrés Bello*. Op. cit. p. 87.
  - (3) Orrego Vicuña, Eugenio: Op. cit. p. 52.
  - (4) Felice Cruz, Guillermo: "Bello, Irisarri y Egaña" en *Revista Chilena de Historia y Geografía*. No. 58. Santiago de Chile. Julio-Septiembre, 1927.
  - (5) Grases, Pedro: "Tres empresas periodísticas de Bello" en *Revista Nacional de Cultura*. No. 108. Caracas, 1955.

b'o Mendíval y otros escritores españoles e hispanoamericanos. El contenido de la revista, así como la distribución de su material, responde a la diversidad y amplitud de las preocupaciones intelectuales de Bello, así como a la necesidad, ya sentida, de una educación integral del hombre americano. Allí se encuentra ese equilibrio entre el interés puramente académico y erudito, y la intención didáctica que estará siempre presente a lo largo de toda su actividad creadora.

Entre los temas científicos se encuentra allí unos "Apuntes" en vista de una memoria sobre el origen de la sífilis, en los que Bello afirma que no fueron los indígenas de América quienes transmitieron esta enfermedad a los europeos, puesto que ya era conocida en el mundo antiguo; un estudio sobre las *Consideraciones sobre la Naturaleza* de Virey; otro sobre la teoría de las proporciones definidas y la tabla de equivalentes químicos; algunas notas sobre la diferencia genérica entre las varicelas y las viruelas; artículos sobre el magnetismo terrestre, las palmas americanas, sobre la cordillera del Himalaya, sobre una nueva especie de papas en Colombia, sobre la vacuna y el cultivo del cáñamo. Se encuentran también algunos temas geográficos, históricos y médico sociales. Añádase a todo ello sus trabajos de historia y crítica literaria en los que lo vemos enunciar juicios y teorías que harán de él uno de los más eminentes sabios del siglo XIX en materia de literatura medieval europea, cuyo alcance vamos a señalar enseguida.

## 2. EL MEDIEVALISTA

Bello había publicado en la *Biblioteca Americana*, en colaboración con García del Río, un estudio en el que se vislumbra lo que sería una de las preocupaciones centrales de su magisterio, a saber, la reforma ortográfica. El artículo en cuestión se titulaba "Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América". En él expone, por primera vez, la tesis según la cual la pronunciación debía ser el único fundamento de las reglas ortográficas, de donde concluía en la necesidad de reducir el alfabeto castellano a 26 letras. Las reformas propuestas eran sustituir la X, la Y y la G por la J en todos los casos en que aquellas tuviesen el sonido gutural árabe; sustituir la Y por la I en todos los casos en que ella tuviese la función de vocal simple; suprimir la H; escribir con RR las sílabas en que se encuentre el sonido fuerte que corresponde a esta letra; sustituir la Z por la C suave. suprimir la U muda que acompaña la S y la que en ciertas palabras acompaña la G (1). Estas reformas se fundaban en el

---

(1) "Nos tocó asistir a la junta de la Real Academia Española, verificada en Madrid en mayo de 1952, en que fué aprobado el informe sobre

principio de que cada vez que un sonido es representado por más de una letra, debe escogerse una que lo representará exclusivamente y que se pondrá en lugar de todas las otras. Tal debía ser, según Bello, el principio de todas las lenguas: "El mayor grado de perfección de que la escritura es susceptible y el punto a que, por consiguiente, deben conspirar todas las reformas, se cifra en una cabal correspondencia entre los sonidos elementales de la lengua y los signos o letras que han de representarlos, de manera que a cada sonido elemental corresponda invariablemente una letra" (1). El sentido común y el criterio lógico que estarán siempre a la base de los análisis de Bello, sea de la conciencia, sea de un aspecto cualquiera de la cultura, están ya inspirando sus primeros ensayos filológicos. Resultado de una inteligencia rigurosamente formada y de una actitud filosófica conscientemente expresada.

En el *Repertorio*, Bello publicó un estudio de crítica literaria que Caro considera no sólo como el más interesante, sino también como el más profundo de sus trabajos en tales materias (2). El artículo lo escribió a propósito de la aparición de una traducción de las poesías de Horacio hecha por Javier de Burgos (3). La formación clásica de Bello se revela aquí en sus juicios en torno al espíritu de la poesía latina y las dificultades de la interpretación del poeta romano. Era el Bello que a los 15 años traducía Horacio quien, ahora, se manifiesta como un gran conocedor de los misterios del estilo horaciano y quien, por otra parte, ofrece una serie de indicaciones originales y valiosas para la traducción e interpretación de los clásicos.

Pero el Bello de Londres no es sólo el poeta saturado de clasicismo, sino también el erudito investigador que hace suyo uno de los temas favoritos del romanticismo creciente: la reivindicación de la literatura medieval. "Andrés Bello —dice Blanco Fombona— rastreó la infancia de la lengua latina y la formación de las tres lenguas romances, y estudió los orígenes de la literatura

---

reformas gramaticales de su ilustre secretario perpetuo, don Julio Casares. . . En aquella histórica junta fueron aprobadas varias de las reformas sugeridas por don Andrés. Como el Cid, Bello ganaba, después de muerto, algunas de sus grandes batallas". Orrego Vicuña, Eugenio: Op. cit. p. 268. a 1.

- (1) Bello, Andrés: "Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía de América" en *Repertorio Americano*. 1826. T. I. p. 33.
- (2) cf. Caro, Miguel Antonio: "Estudio biográfico y crítico" en Bello, Andrés: *Poesías*. Colección de Escritores Castellanos. Imprenta de S. A. Pérez. Madrid, 1882.
- (3) Bello, Andrés: "Las poesías de Horacio traducidas en versos castellanos, con notas y observaciones, por Don Javier de Burgos" en *Repertorio Americano*, III, 93. Londres, 1827.

inglesa y sus primeros balbucesos. Apuntó los errores del Quadrium sobre la cantidad de las sílabas griegas y latinas. Inquirió el origen del endecasílabo italiano. Se inclina a creer que los alejandrinos franceses originaron los dos hexasílabos porque los antiguos copistas, cuando las estancias se componían de líneas cortas, acostumbraban escribirlas de seguido como prosa" (1). Bello publicó cuatro estudios sobre estas cuestiones en Londres, estudios que él ampliaría en Chile: "Noticia sobre la obra de Sismondi sobre la literatura del mediodía de Europa; refútanse algunas opiniones del autor en lo concerniente a España; averíguase la antigüedad del Poema del Cid; si el autor de este poema es el que pretende don Rafael Floranes; juicio de Sismondi demasiado severo respecto a los clásicos castellanos; extracto de su obra relativa al Quijote". (2); "Qué diferencia hay entre las lenguas griegas y latinas por una parte, y las lenguas romances, por otra, en cuanto a los acentos y cantidades de sílabas, y qué plan debe abrazar un tratado de prosodia para la lengua castellana" (3); "Uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina de la Edad Media y en la francesa, y observaciones sobre su uso moderno" (4); "Etimología" (5). Añádase a ello un estudio sobre la *Crónica de Turpin*, escrita en inglés entre 1822 y 1823 y publicada en español en Chile con posterioridad.

Partiendo del estudio de la rima y de la versificación en lengua latina, e introduciéndose en la formación de las lenguas romances, Bello entra al examen de la epopeya medieval francesa para concluir en la influencia de ésta sobre la epopeya española. Entre otras colecciones de manuscritos, Bello utiliza las siguientes canciones: Charlemagne, Girard de Viane, siege de Narbonne, Beuves de commarcis, chevalier au Cygne, Voyage de Charlemagne á Jerusalem, Gui de Bourgogne, etc. (6). Su primer descubrimiento es que la asonancia no había sido una característica propia de la versificación española, habiendo encontrado sus antecedentes latino-eclesiásticos en el ritmo de San Columbano (siglo VI) y en la *Vida de la Condesa Matilde* (siglo XI). Tal será inmediatamente después la opinión del erudito francés Raynouard (7). La tesis será combatida, sin embargo, por el historiador de

(1) Blanco-Fombona, Rufino: Op. cit. p. 214.

(2) *Biblioteca Americana*: I, Londres, 1823.

(3) *Biblioteca Americana*: II, Londres, 1823.

(4) *Repertorio Americano*: II, Londres, 1827.

(5) *Repertorio Americano*: III, Londres, 1827.

(6) cf. Grases, Pedro: "Andrés Bello y los estudios de la literatura medieval europea" en *Segundo Libro de la Semana de Bello en Caracas*. Op. cit. p. 82.

(7) Raynouard, Francois: *Des formes primitives de la versification des Trouvères*. Extrait du Journal des Savants. Par'is, 1833.

la literatura española, George Ticknor: "The only suggestion I have notice affecting this statement is to be found in the *Repertorio Americano* (London, 1827, pp. 21 etc.) where the writer who, I believe, is don Andrés Bello, endeavours to trace asonante to the "Vita Mathildis", a Latin poem of the Twelfth century, reprinted by Muratori (*Rerum Italicarum Scriptores, Mediolani, 1725, fol. T. V., pp. 335 etc....*), and to a manuscript Anglo-norman poem, of the same century, on the fabulous journey of Charlemagne to Jerusalem. But the Latin poem is, I believe, singular in this attempt, and was, no doubt, wholly unknown in Spain; and the Anglo-norman poem, which has since been published by Michel (London, 1836, 12mo.), with curious notes, turns out to be rhymed, though not carefully nor regularly. Raynouard, in the *Journal des Savants* (february, 1833, p. 70), made the same mistake with the writer in the *Repertorio*; probably in consequence of following him. The imperfect rhyme of the ancient Gaelic seems to have been different from the Spanish asonante, and, at any rate, can have had nothing to do with it" (1).

Esto fue el origen de una controversia que dio como resultado un largo estudio de Bello sobre este problema, en el cual se proponía "discutir algunas deducciones y juicios" del profesor norteamericano. Este estudio apareció en los *Anales de la Universidad de Chile* (2).

La obra erudita de Bello no sólo logró el honor de ser comentada y discutida por los críticos y los investigadores de su tiempo, sino que, incluso llegó a ser plagiada. Así, por ejemplo, el académico español Eugenio Ochoa puso el estudio de Bello sobre el asonante como prólogo a su antología titulada *Tesoro de los romanceros españoles* (3). Su ensayo sobre la *Crónica de Turpin* correrá la misma suerte. En este estudio Bello había determinado, por primera vez, la época, el lugar, el autor probable y la intención de la crónica, conclusiones que, al decir de Menéndez Pelayo, fueron tomadas por el erudito holandés Dozy, quien escribió de un modo "tan semejante al de Bello en los argumentos y conclusiones que sin temeridad puede creerse no sólo que el famoso orientalista holandés tuvo a la vista el trabajo del grande

(1) Ticknor, George: *History of the Spanish Literature*. Harper and Brothers. New York, 1849. Vol. 1, p. 112.

(2) Bello, Andrés: "Observaciones sobre la Historia de la Literatura Española, de Jorge Ticknor, ciudadano de los E.U. y dirigida a la Facultad de Filosofía" en *Anales de la Universidad de Chile*. T. IX, 1852, pp. 197-217; T. IX, 1852, pp. 485-505; T. XI, 1854, pp. 93-113; T. XI, 1854, pp. 259-262; T. XII, 1855, pp. 627-644; T. XV, 1858, pp. 76-86.

(3) cf. Ochoa, Ramiro: *Tesoro de romanceros y canciones españolas*. Colección de los mejores autores españoles. T. XVI. París, 1838.

y modesto profesor americano, sino que lo explotó ampliamente, aunque tuvo buen cuidado de no citarle ni una sola vez" (1).

Pertenece también a la obra erudita de Bello realizada en Londres la investigación sobre el Poema del Mio Cid, aunque este estudio no fue sino publicado parcialmente en Chile y que la obra final, la edición crítica del Poema, no haya aparecido hasta después de su muerte (2).

Aunque la investigación en torno a la problemática cidiana fue comenzada en el Museo Británico en 1823, no vino a ser terminada sino en Chile, en 1834, y en una total penuria bibliográfica, ya que para entonces sólo contaba con las notas tomadas en Londres. Pero con todo, este trabajo representa, en una gran medida, el resultado final de todos sus ensayos publicados en Londres.

Aunque publicado después de su muerte, este estudio, junto con los que habían aparecido en la *Biblioteca* y en el *Repertorio*, le dan un lugar de primer orden entre los eruditos del Siglo XIX en literatura medieval latina. Tal es la opinión de Menéndez Pelayo quien estima que "el nombre de Bello debe ser de hoy más, juntamente con los Wolf, Milá y Fontanals, uno de los tres nombres clásicos de esta materia" (3).

Basta considerar algunos de los problemas planteados por Bello, así como su posición frente a la crítica de su tiempo, para medir el alcance y la proyección de sus trabajos. Así, por ejemplo, lo vemos negar la antigüedad de los romances aislados para afirmar que los más antiguos no son más que fragmentos o rapsodias derivadas de antiguas canciones épicas compuestas en el metro largo de dieciséis sílabas. Es así que en la llamada *Crónica Rimada o Poema de las Mocedades de Rodrigo*, Bello ve la confirmación de su teoría, pues allí encuentra el origen del Romance *Cabalga Diego Lainez*. Allí, dice Bello, tenemos sorprendida in fraganti, por así decir, la transformación de las canciones de gesta en los viejos romances (4). Tal no era la opinión de los críticos de entonces, quienes afirmaban que los romances, como las baladas y cantinelas, eran anteriores, en el tiempo, a los poemas extensos y, por lo demás, el germen de éstos. Federico Wolf había

---

(1) Menéndez Pelayo, Marcelino: *Historia de la Poesía Hispano-Americana*. Victoriano Suárez, Madrid, 1911, p. 370.

(2) Bello, Andrés: *Poema del Cid*. Revista Chilena. Santiago de Chile, 1877. Ver también: "La gesta de M.<sup>o</sup> Cid. Poema castellano del S. XIII. Nueva edición corregida e ilustrada por don Andrés Bello", en *Obras Completas*, Santiago de Chile, 1881, T. II.

(3) Menéndez Pelayo, Marcelino: *Op. cit.*, p. 371.

(4) Bello, Andrés: "Literatura Castellana" en *Obras Completas*. Santiago de Chile, 1883. Vol. VI, p. 349.

aplicado esta teoría a la *Iliada* y a la *Odisea*; Wilhelm Grimm y Karl Lachmann aplicaban principios semejantes a los Nibelungos y Federico Diez, al *Mío Cid* (1).

El criterio independiente de Bello frente a las corrientes de la crítica romántica en desarrollo, en Europa, es una prueba evidente de la penetración de su juicio crítico que no se deja arrastrar por el gusto de moda. En 1852, por ejemplo, y a propósito de la aparición de la obra de Ticknor ya citada, lo vemos demostrar el error del erudito norteamericano cuando éste estima que el Poema de Almería, del Siglo XII, en la frase "Rodericus Mio Cid semper vocatus do quo cantatur" prueba que ya se cantaban los romances coleccionados en el siglo XVI. En realidad, dirá Bello, ningún romance de aquellos tiempos utilizaba el epíteto *Mío Cid*; la frase latina hace alusión al poema en el que dicho epíteto es muy frecuente (2).

Pero las teorías cidianas de Bello no sólo son importantes en lo concerniente a los orígenes de la epopeya —no ligado, según él, al recuerdo de la epopeya clásica—, sino que afectan casi a la totalidad de los problemas planteados por el Poema: origen árabe de la *Crónica General* sobre el sitio de Valencia; restauración de las partes perdidas o desfiguradas; determinación del nombre del Poema, que según él, debía ser *Gesta del Mío Cid*; sistemas de asonantes y problemas gramaticales; métrica y problemas gramaticales de partes del poema; historia y fábula en el poema; el problema del autor, etc.... En definitiva, el estudio fue tan minucioso que Menéndez Pelayo pudo decir que es "el más completo que tengamos sobre el Poema del Cid" (3). Menéndez Pidal, por su parte, afirma: "No hubo erudito en su tiempo, ni mucho después, que con más clara luz filológica esclareciese la poesía y el lenguaje del viejo texto; en esa reanimadora labor, él desarrolló observaciones de alto sentido histórico y estético, él adujo las referencias a los antiguos textos más oportunos, y aún hoy muy útiles, y es bien de notar que no hubo entonces autor, hispano ni extranjero, que manejase mejor que Bello la literatura medieval francesa (a veces en textos manuscritos) en relación con el poema comentado" (4).

---

(1) cf. Menéndez Pidal, Ramón: "La nueva edición de las obras de Bello" en *Revista Nacional de Cultura*. Número 106-107. Caracas, 1954. p. 15.

(2) Bello Andrés: "Observaciones sobre la Historia de la Literatura Española de Jorge Ticknor"... en *Obras Completas*. Vol. cit. p. 306.

(3) Menéndez Pelayo, Marcelino: *Op. cit.* p. 371. Ver Grases, Pedro: *La épica española y los estudios de Andrés Bello sobre el Poema del Cid*. Editorial Ragón C. A. Caracas. 1954.

(4) Menéndez Pidal, Ramón, *Op. cit.* p. 17.

Hemos señalado la obra erudita y filológica de Bello, construida sobre la base de sus investigaciones personales en las bibliotecas de Londres, no como simple curiosidad bibliográfica ni en el espíritu de evaluar el rigor científico de su trabajo, sino principalmente con el fin de poner de relieve los múltiples aspectos de la personalidad intelectual del maestro americano que supo superar, con un talento y una capacidad notable, los límites que nuestra América imponía a los escritores y pensadores de su tiempo, y sin que ello supusiera un desmedro en sus actividades frente a las tareas que exigían las necesidades reales de la América Latina.

Bello se convierte así, en la historia de la cultura en América Latina anterior a nuestro siglo, en uno de los pocos pensadores cuya obra no es sólo la respuesta a las necesidades del momento histórico, sino además, el producto de una genuina vocación científica. Es por ello que su gestión creadora no se manifestará sino después de estar en posesión real y efectiva de los instrumentos necesarios para ponerse frente a la realidad, no para someterse a ella, sino para transformarla. Es necesario reconocer, en ese sentido, que su ausencia de América durante 19 años, precisamente los más violentos y crueles en la historia del nacimiento de las nacionalidades americanas, fue positiva por cuanto le permitió alcanzar la amplitud y la profundidad con las cuales sus ideas penetrarían en el corazón del nuevo mundo, estremecido de lucha y de esperanza.

### 3. LAS IDEAS ESTÉTICAS

Aparte de las investigaciones sobre la literatura medieval, hay otro elemento en la formación londinense de Bello que vale la pena considerar antes de entrar en estudio de sus contactos con la filosofía europea de aquellos años: su creación poética frente a las corrientes estéticas dominantes en la literatura europea. El problema amerita la consideración desde el momento en que la mejor parte de su producción poética fue publicada en Londres: la *Alocución a la poesía* y la *Silva a la agricultura*, cuya aparición se produce en los momentos en que las corrientes literarias se debaten entre dos posiciones estéticas: el neoclasicismo y el romanticismo. Y es curioso advertir que la posición que asumirá Bello frente a esta lucha estético literaria será exactamente la misma que él asumirá frente a las corrientes filosóficas y jurídicas predominantes en Europa, lo que es un índice significativo de la unidad y de la coherencia de la actitud fundamental de Bello ante los problemas generales de la cultura.

Bello, asume, pues, una postura ecléctica ante la alternativa planteada entre el romanticismo creciente y la estética neoclásica. Pero este eclecticismo estético de Bello, como su eclecticismo filosófico, no es un simple procedimiento racional que se limita a escoger la verdad y a rechazar el error allí donde ellos se encuentren, y sea cual fuere la autoridad de donde procedan, sino, más que eso, una síntesis creadora en la cual se puede recoger todas las ideas positivas que manan del progreso de la cultura para fundirlas en una unidad superior, en una actitud nueva y en un nuevo pensamiento. Es por ello que nos parece innecesario analizar la poesía de Bello en función de una supuesta postura fundamentalmente neoclásica o romántica, o, por la misma razón, pretender encontrar en su poesía una posición estética compuesta de elementos contradictorios, y, en su pensamiento, un sistema de ideas igualmente contradictorias.

En la lectura de toda la producción poética de Bello, o en el análisis de la forma, el sentido y el contenido de sus dos *silvas*, es fácil encontrar elementos poéticos que nos llevan desde las más pura tradición clásica latina hasta las últimas formas de la sensibilidad romántica, pasando por el prosaismo didáctico —científico de la escuela italo española del siglo XVII. Pero, si hay una unidad espiritual en la historia de la poesía lo que podemos ha

ranismo español hasta la más pura tradición latina (1). Luego tenemos una educación religiosa en un ambiente en el que florecen las ideas ilustradas. Finalmente, es necesario añadir el entusiasmo naturalista inaugurado por Humboldt y del cual fue Bello el primero en sentir la influencia. Si se piensa en todo ello, es lógico concluir que el ambiente cultural de la América Latina no era propicio para el desarrollo de una posición estética determinada, sino para las grandes síntesis, supuesta la existencia de los grandes espíritus, o bien, para las grandes contradicciones, a falta de ellos. "Entre nosotros —dice Paz Castillo— se produce simultáneamente el clasicismo y el romanticismo. En todo el primer período del siglo XIX se confunden las tendencias. No podría decirse hasta dónde son clasicistas o románticos los escritores" (2).

La llegada de Bello a Londres, centro de un romanticismo alejado de la exuberancia sentimental del romanticismo francés, ha debido abrirle nuevas perspectivas, principalmente por la inspiración de ese romanticismo en el paisaje, en los elementos locales, en la vida simple y en lo inmediato. Bello encuentra, así, en el romanticismo inglés, una expresión muy cercana a su propia sensibilidad poética. Por otra parte, uno de sus mejores amigos, el pastor Blanco White se había impuesto la misión de alejar a los emigrados españoles de la retórica neoclásica. Todos estos elementos han debido afectar profundamente la dirección futura de su producción poética.

El romanticismo viene, pues, a modificar, en una cierta medida, el fundamento de sus tendencias estéticas, hasta entonces de orientación predominantemente neoclásica. Es por ello que la afirmación de Paz Castillo según la cual en la poesía de Bello la "primera expresión es romántica y que en un fondo romántico —la naturaleza americana— evoluciona hacia lo clásico "nos parece inexacta" (3). En primer lugar, es necesario considerar que el tema "la naturaleza" se encuentra presente en la poesía clásica así como en la poesía neoclásica del siglo XVIII y que, en lo que concierne a la naturaleza americana, ella había sido cantada desde el siglo XVI (4). Por otra parte, ya en el siglo XVIII, el jesuita Rafael Landívar había descrito la naturaleza y la vida simple de América en los quince cantos de su *Rusticatio mexicana* quien, al decir de Charles

---

(1) cf. Uslar-Pietri, Arturo: *Bello y los temas de su tiempo*. Instituto de Filosofía. Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1955. p. 6 y s.s.

(2) Paz Castillo, Fernando: "Introducción a la poesía de Bello" en Bello, Andrés: *Obras Completas* T I. Caracas, 1952. p. XLIV.

(3) *Ibid.*, p. XLV.

(4) cf. Grema, Eduardo: "Conflictos y valores estéticos en la silva a la agricultura" en *Primer libro de la semana de Bello* Op. cit. p. 91 y 55.

Aubrun, "alcanza una ternura ya lamartiniana" (1). Por lo demás, temas civilistas y moralizantes tales como la paz, el trabajo y la virtud procedían también de las ideas ilustradas que se habían popularizado a fines del siglo XVIII.

Por otra parte, no debemos insistir tanto sobre el subjetivismo lírico o sobre el objetivismo clásico separadamente, ni incluso sobre la presencia del paisaje americano para esclarecer la posición estética de Bello. Es, sobre todo, la comunicación de una forma poética y la intención de su poesía, lo que puede darnos la llave de su interpretación. Una forma clásica, o neoclásica, que sirve de vehículo a una intención y a un sentimiento romántico, y un sentimiento romántico que suaviza la forma clásica. Así se comprende por qué una invocación a la musa —tan retórica— puede convertirse en él en un manifiesto lleno de amor y de nostalgia —tan romántico— que se traduce en un programa de independencia literaria. Y esa invocación a la musa de la *Alocución a la poesía* que lo conduce a una predicación de la dignidad civil americana —tan neoclásica— se disuelve en una auténtica emoción del paisaje tropical— que es romántica.

Es precisamente ese sentimiento romántico que envuelve su formación clásica el que lo lleva a investigar los orígenes de la literatura medieval, no sólo con un criterio estrictamente científico, sino también con un criterio estético. Su propósito no fue hacer arqueología literaria sino encontrar en la Edad Media una fuente de creación de valores estéticos eternos. Ese sentimiento de una literatura medieval siempre rica estéticamente es expresivo de un espíritu impregnado de romanticismo, pues son precisamente los románticos quienes se imponen la tarea de reivindicar los ideales estéticos de la Edad Media, desconocidos por el neoclasicismo. Es ese mismo sentimiento el que impulsará ulteriormente a Bello a traducir a Byron y Víctor Hugo, aunque el Bello de la *Oración por todos* sea un Hugo penetrado de la serenidad clásica.

La capacidad de Bello para recorrer la vía del subjetivismo romántico sin perder de vista la objetividad clásica es el mérito principal de su poesía, fenómeno que no se explica sino por su manera de ver la cultura como un dinamismo histórico en el cual la literatura se incorpora a la vida social, a la idea de progreso, a la política, al movimiento general de la colectividad humana, para dejar de ser una actividad aislada, desprendida del cuerpo social y de los problemas del mundo circundante (2). Mucho nos dicen a este respecto las palabras que escribiera en 1841 a propósito de Gómez Hermosilla: "En literatura los clásicos y románticos tienen cierta

(1) Aubrun, Charles: *Historie des lettres hispano-américaines*. Collection Armand Colin. París. 1954. p. 101.

(2) cf. Uslar-Pietri, Arturo: Op. cit. p. 13.

semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras que para los primeros es inapelable la autoridad de las doctrinas y prácticas que llevan el sello de la anti-güedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en su conato a emancipar el ingenio de trabas inútiles, y por lo mismo perniciosas, confunden a veces la libertad con la mas desenfrenada licencia. La escuela clásica divide y separa los géneros con el mismo cuidado que la secta legitimista las varias jerarquías sociales; la gravedad aristocrática de su tragedia y su oda no consiente el más ligero roce de lo plebeyo, familiar o doméstico. La escuela romántica, por el contrario, hace gala de acercar y confundir las condiciones; lo cómico y lo trágico se tocan, o más bien, se penetran íntimamente en sus heterogéneos dramas; el interés de los espectadores se reparte entre el bufón y el monarca, entre la prostituta y la princesa; y el esplendor de las cortes contrasta con el sórdido egoísmo de los sentimientos que encubre, y que se hace estudio de poner a la vista con recargados colores. Pudiera llevarse mucho más allá este paralelo, y acaso nos presentaría afinidades y analogías curiosas. Pero lo más notable es la natural alianza del legitimismo literario con el político. La poesía romántica es de alcurnia inglesa, como el gobierno representativo y el juicio por jurados. Sus irrupciones han sido simultáneas con las de la democracia en los pueblos del mediodía de Europa. Y los mismos escritores que han lidiado contra el progreso en materias de legislación y gobierno, han sustentado no pocas veces la lucha contra las nueva revolución literaria, defendiendo a todo trance las antiguallas autorizadas por el respeto supersticioso de nuestros mayores: los códigos poéticos de Atenas y Roma, y de la Francia de Luis XIV. De lo cual tenemos una muestra en don José Gómez Hermosilla, ultramonarquista en política, y ultraclásico en literatura" (1).

Hemos hecho esta larga cita porque ella vale más que todo argumento para poner en claro la posición estética de Bello que, a no dudarlo, va más allá del simple dualismo clasicismo-romanticismo, lo que le ha permitido vivir en la intimidad del uno sin perder de vista los elementos valiosos del otro. Esta actitud no llegó ha ser comprendida por aquellos que, arrastrados por el torbellino romántico, sólo vieron en sus obras lo pasado de moda, considerándolo como un conservador retrógrado. Sus críticos no supieron ver que era precisamente en su obra poética donde se encontraba el más claro testimonio de una respuesta inteligente a las necesidades culturales de su tiempo y que, por esta razón, era más inteligentemente revolucionaria que la de aquellos que, bajo la égi-

---

(1) Bello, Andrés: "Juicio crítico de Don José Gómez Hermosilla" en *Obras Completas*. Vol. IX. Caracas, 1956. pp. 375-376.

da de un pretendido romanticismo revolucionario, producto de la atmósfera intelectual creada por la revolución de independencia, se entregaron a una guerra de liberación contra las academias, las iglesias, los maestros y los críticos, así como contra todo principio de tradición, de autoridad y de regla. Los elementos clásicos de la estética de Bello no pueden ser considerados sino como revolucionarios (1), si se tiene en cuenta que él los utiliza, como los poetas de la revolución francesa, no exclusivamente por razón de gusto y de forma, sino porque eran útiles para comprender el ethos de la revolución en cuanto a sus ideales patriótico-heroicos, a sus virtudes cívicas romanas y a sus ideales republicanos de libertad (2), como puede verse a lo largo de sus dos *silvas*. Pero Bello va más lejos aún. Los clásicos de la revolución francesa fueron revolucionarios solamente en cuanto a los temas y a las ideas, pero no en cuanto a la forma y principios estilísticos que no superan los límites de un estilo que no fue más que la continuación y culminación del viejo clasicismo rococó. El clasicismo revolucionario de Bello, en cambio, no se limita al contenido, sino que integra las nuevas formas del espíritu romántico ascendente que sigue a los cambios creados por la revolución de independencia, sin que llegue a disolverse en esa nueva atmósfera. Esa síntesis atemperada era la vía que correspondía lógicamente a la situación americana de aquellos días, intelectualmente desequilibrada en razón de una falta de equilibrio fundamental en el orden social, político y económico, y por lo cual, la sujeción a ciertas reglas y a ciertos principios no era un recurso conservador sino un método conscientemente creador. Cuando le vemos debatirse contra la moda, denunciando la máscara de un falso romanticismo, no es el Bello conservador quien habla, sino el maestro que comprende cuáles son las necesidades intelectuales reales del mundo en que vive. Por ello le vemos debatirse también contra los portavoces de lo que él llamaba el legitimismo literario y del cual Gómez Hermosilla era un ejemplo.

Bello es así un caso excepcional no sólo en la historia de la poesía americana, sino de la lengua española. Su significación supera en gran medida el didactismo de un Iriarte y el lirismo de un Meléndez o de un Quintana. Bello debe mucho, sin embargo, a la poesía de Arraza, cuya *Emilia o las artes* le ha dado un modelo y una fuente de inspiración. "Bello" —dice Miguel Antonio Caro— quien gustaba de Meléndez pero sin imitarlo, y sin haber tomado nada de Cienfuegos y Quintana, sin pertenecer jamás a su escue-

(1) "Tradicionalismo revolucionario que equivale a un humanismo" lo llama Luis Beltrán Guerrero. cf. "Interpretación del Bello humanista" en *Primer Libro de la Semana de Bello en Caracas*. Op. cit. pag. 163.

(2) cf. Hauser, Arnold: *The social history of art*. Routledge and Kegan Paul. London, 1952. Second impression. T II. p. 622 y ss.

la, siguió, sin embargo, la huella de Arraiza, tanto en la adopción de ciertos temas didácticos como en el método de descripción y muy particularmente en el arte de la versificación" (1).

Pero es la actitud conciliadora de Bello entre la poética neoclásica y el sentimiento romántico lo que le da una significación especial en la historia de la poesía hispanoamericana, aunque por razones históricas, su obra no haya generado una escuela poética. Manteniéndose fiel a ciertas normas de la tradición literaria, él anuncia y estimula una revolución en la poesía: "Dejad los tonos muelles de la lira de Anacreonte y de Safo —decía él a la juventud de su tiempo—; la poesía del siglo XIX tiene una misión más alta. Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros, al tomar la pluma: *musarum sacerdos, Virgíribus puerisque canto*.... Es preciso, decía Goethe, que el Arte sea la regla de la imaginación y la transforme en poesía. ¡El Arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de linces del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación. La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano" (2).

Bello estima mucho la tradición clásica; él estima la dignidad de la razón, la cualidad del entendimiento; pero también estima aquello que proviene del sentimiento, del instinto, del cora-

---

(1) Caro, Miguel Antonio: "Estudio biográfico y Crítico". Op. cit. p. 11.

(2) Bello, Andrés: "Discurso en la inauguración de la Universidad de Chile" en *Antología del Pensamiento de Lengua Española*. Op. cit. p. 191.

zón humano (1). He allí lo que lo separa del neoclasicismo sin situarlo totalmente bajo el cielo del romanticismo. "La verdad —dice UsLAR Pietri— es que Bello no llega a ser nunca ni cabalmente romántico ni cabalmente neoclásico; él se esfuerza, porque está en su naturaleza y por que lo cree útil, en buscar un terreno de conciliación; él se esfuerza en realizar ese difícil equilibrio entre aquellos aparentes contrarios, porque piensa que no son tan contrarios como la gente cree, que no son tan excluyentes el uno del otro y que hay una zona en la que es posible incorporar todo lo que de bello, fecundo e incitante a la creación tiene la novedad romántica" (2).

Es ese mismo esfuerzo el que lo llevará a intentar la conciliación de su concepción de la historia como una ciencia de hechos con la concepción romántica de un Herder, sin inquietarse por las posibles contradicciones entre una concepción positiva y una concepción teleológica de la historia, en la que el mundo es considerado como un sistema de relaciones y fines. Es así que en discurso ya citado lo vemos decir: "Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han srevido más útilmente a la humanidad; él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social: sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos: sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas, que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos". (3).

- 
- (1) "Elección de materiales nuevos, y libertad de formas, que no reconoce sujeción sino a las leyes imprescriptibles de la inteligencia, y a los nobles instintos del corazón humano, es lo que constituye la poesía legítima de todos los siglos y países y, por consiguiente, el romanticismo, que es la poesía de los tiempos modernos, emancipada de las reglas y clasificaciones convencionales, y adaptada a las exigencias de nuestro siglo. En éstas, pues, en el espíritu de la sociedad moderna, es donde debemos buscar el carácter del romanticismo". BELLO, Andrés: "Ensayos literarios y críticos de Alberto Lista y Aragón", en *OBRAS COMPLETAS*. Vol. IX. Caracas, 1956. p. 459.
  - (2) USLAR- PIETRI, Arturo: *Bello y los temas de su tiempo*. Op. cit. p. 16.
  - (3) Bello, Andrés: "Discurso en la inauguración de la Universidad de Chile". Op. cit. p. 189.

#### 4. CONCLUSIONES

Toda conmoción histórica y social, dice Luckacs, crea un hombre nuevo. Se trata, en estos combates ideológicos, de la lucha del hombre nuevo concreto contra el viejo hombre del antiguo orden social detestado y muriente. Pero no se trata nunca de una lucha entre dos facultades humanas abstractas e aisladas (1). Precisamente, la conmoción histórica que la independencia representa en la historia de la América Latina, había creado la conciencia de un hombre nuevo cuyo objetivo ideológico era fundamentalmente la liberación de este hombre nuevo de todas las ataduras, fueran ellas de la inteligencia, de la religión, de la moral, y por medio de una especie de rebelión de los sentimientos del alma contra la tiranía del entendimiento. La lucha entre esas dos tendencias se produce entre Bello, el filósofo del entendimiento y de la gramática, y la generación romántica del 42 de la cual Sarmiento era el portavoz más agresivo.

Bastante se ha hablado de la tiranía de Bello. Pero nosotros hemos tratado de demostrar que no existe en Bello esa separación radical entre el entendimiento y el sentimiento, ese vacío entre el instinto y la razón, sino la idea de un desarrollo libre y universal de la personalidad humana, de la cual no se puede suprimir ninguna de las facultades del alma. No podría comprenderse de otro modo el eclecticismo dialéctico del pensamiento estético de Bello, en el cual el alma es concebida, en la creación, en toda su unidad y totalidad. Y si se piensa que el gran problema del humanismo burgués revolucionario no es otro que el desarrollo de la capacidad humana así concebida, no puede menos que admitirse que es precisamente en Bello en donde ese humanismo aparece por primera vez en el mundo de nuestra cultura, aunque mezclado a ciertos elementos conservadores en razón de la dialéctica interna propia de los movimientos literarios en general, y en razón del carácter específico del movimiento de independencia de los pueblos hispanoamericanos.

---

(1) Luckacs, Georges: *Goethe et son époque*. Trad. de l'allemand par L. Goldman et Frank. Les éditions Nagel. Paris, 1949. pp. 26-27.

